



LA RAZÓN HISTÓRICA

Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas

ISSN 1989-2659

Número 57, Año 2023, páginas 116-122

[www.revistalarazonhistorica.com](http://www.revistalarazonhistorica.com)

## La cristalización neoliberal

Luis R. Oro Tapia\*

**RESUMEN.** El ensayista se pregunta en qué radica la peculiaridad del neoliberalismo. Para responder a tal interrogante recurre al método que trata de precisar cuál es el género en el que está circunscrito el fenómeno y cuál es su diferencia específica al interior del género. Su peculiaridad radica —según el autor— en el hecho de que el neoliberalismo está constituido por la convergencia de dos racionalidades, la económica y la técnica, que se potencian recíprocamente y que al fusionarse se tornan indiscernibles. Ellas al consustanciarse constituyen una cristalización sumamente dinámica que extiende su dominio a casi todos los quehaceres humanos, conflictuando a su artífice, paradójicamente, consigo mismo.

**Palabras clave:** neoliberalismo, economicismo, técnica, consustanciación, progreso.

En el lenguaje coloquial la palabra neoliberal funciona como una saeta semántica que tiene una connotación negativa. Nadie —o casi nadie— reclama para sí la adjetivación de neoliberal. Pese a que es difícil encontrar definiciones de él, existe una comprensión implícita del mismo y ésta, en este caso puntual, no facilita la identificación de su esencia.

¿Qué es el neoliberalismo? Algunas veces intenta definírsele apelando a una estrategia diacrónica y filológica; es decir, precisando cual es el origen histórico del término y a partir de cuándo comenzó a empleársele. Ello no es incorrecto; pero tiene el inconveniente de que no logra identificar la especificidad del fenómeno. Para averiguar cuál es su nota distintiva es pertinente conjurar a los distractores que dificultan identificar su especificidad. Éstos son, básicamente, dos.

---

\* Profesor de la Universidad Central de Chile. Sus dos últimos libros son: *El concepto de realismo político* (Ril Editores, Santiago, 2013) y *Páginas profanas* (Ril Editores, Santiago, 2021).

Por una parte, suele decirse que el neoliberalismo se caracteriza por el predominio del capital privado y de la iniciativa de los particulares por sobre la riqueza pública y la iniciativa estatal. Ello es correcto. Pero no es su nota distintiva; puesto que, con anterioridad al siglo XIX, la sumatoria de la riqueza privada era mayor que el tesoro público y los emprendimientos de los privados eran más frecuentes que los estatales.

Por otra, suele decirse que la avaricia y el afán de lucro son inherentes al neoliberalismo. Ello es correcto. Pero tampoco es su nota distintiva; puesto que la codicia, el deseo de tener más y la gula por consumir (contrariamente a lo que suelen creer los críticos chilenos del neoliberalismo) no son pulsiones nuevas. Son apetencias milenarias. Tales ansias se han expresado con mayor o menor intensidad en diferentes épocas. Por lo demás no es necesario llegar al siglo XX o al XXI para constatar que «*poderoso caballero es don Dinero*», como decía Francisco de Quevedo a comienzos del siglo XVII.

¿En qué radica, entonces, la peculiaridad del neoliberalismo? En la conjunción y posterior consustanciación de la racionalidad económica con la racionalidad técnica. No hay neoliberalismo sin hegemonía de la técnica. Ella es quien le brinda su característica distintiva.

Solemos reducir la técnica a los artefactos técnicos. Pero la técnica es mucho más que eso: es un modo de razonar; es una manera de encuadrar la realidad; es una manera de leer el universo; es una manera de relacionarse con la naturaleza y sobre todo de encararla y de subyugarla. Es, en definitiva, un modo de razonamiento utilitarista, instrumental, pragmático y eficientista. Quizás, por eso, cualquier persona lo puede aplicar, ya sea de manera consciente o inadvertida, desde el presidente de una gran corporación hasta un narcotraficante. También lo aplican en la vida cotidiana —y se ufanan de ello— todos aquellos que dicen *saber venderse* (la expresión denota que se asumen como objeto y como mercancía) en el mercado intelectual, en el de la simpatía, en el laboral, o en cualquier otro, con tal de lograr un fin práctico.

### Atrapados por la técnica

La técnica moderna tiene una lógica que es implacable: el afán de perfección, el cual se evidencia en la rápida obsolescencia de los procedimientos y los artefactos. Tal afán le otorga un dinamismo propio que consiste en la constante transmutación y expansión por diferentes dominios. Nuestra época es la época de la técnica. Por eso, la técnica en las últimas décadas se ha transformado en algo así como en nuestra propia sombra: no podemos saltar fuera de ella, no podemos ser lo que somos sin ella. Sin ella no podemos existir y, quizás, sin su mediación muchos de nosotros ya estaríamos muertos y otros tantos no hubiesen llegado al mundo: hubiesen fallecido durante el parto.

La técnica, hoy por hoy, es nuestro camino obligado. En tal sentido es una fatalidad. Intentar echar marcha atrás y regresar al punto en el cual todavía era posible tomar otro rumbo o detener su avance, implicaría no sólo renegar de nuestro modo de vida, sino que también supondría sacrificar un número de vidas humanas que no pueden vivir sin su auxilio, sin sus insumos, sin sus artefactos. Por eso

ninguna decisión que tenga por finalidad preservar la vida (independientemente del motivo que tenga para preservarla) puede prescindir de la técnica. Ella está presente en casi todos los dominios del quehacer humano y el de la política no es la excepción.

Si se prescinde de ella, a modo de rebelión, se estaría optando por un suicidio colectivo no sangriento. Pero la rebelión en contra de ella sería viable parcialmente si un sector de la sociedad optara por vivir —por decirlo metafóricamente— como un quintral, esto es, profitando de la técnica, pero sin someterse a las exigencias del mundo que ella ha creado. Con las exigencias cargaría la parte restante (sea mayoritaria o no) de la humanidad. Y así los muérdagos serían, una vez más, los privilegiados.

Actualmente, el Estado —al igual que cualquier otra institución compleja— es una entidad eminentemente técnica. Razona y procede técnicamente. Su quehacer está regido por el cálculo utilitario, por el imperativo de la eficiencia y sus actividades se ajustan a planeamientos estratégicos. Sus objetivos se determinan de manera técnica y los medios para alcanzarlos también son técnicos y la evaluación de los resultados también lo es. Más aún: el coste político de las denominadas *decisiones políticas* se calcula y se evalúa técnicamente. Ni siquiera éstas (contrariamente a lo que se cree) pueden substraerse al imperio de la técnica.

Pedir más Estado conlleva amplificar aún más los dominios de la técnica. Entendido el Estado no como una entidad metafísica, sino como un aparato burocrático que gestiona y ejecuta políticas públicas. Concretamente, pedir más Estado en la era de la técnica implica pedir más eficiencia, mejor gestión estratégica, más estandarización, mayor economía procesal, mejores resultados, más cobertura. Son los mismos objetivos del neoliberalismo. Éste es, en última instancia, muchísimo más que un régimen de propiedad: es un tipo de racionalidad que maximiza beneficios, que optimiza recursos, que convierte todo lo existente (incluido el ser humano) en un insumo para un proceso que, a su vez, sirve a otros procesos. El neoliberalismo es, a fin de cuentas, el imperio de la racionalidad técnica en creciente expansión y que, además, se ejecuta —u operativiza— a sí mismo. En ello radica su carácter demoníaco. No hay neoliberalismo sin imperio de la técnica; más aún: la técnica engendró al neoliberalismo.

### Asincronías

La cristalización neoliberal transmuta todo lo que toca, ya sea elevándolo transitoriamente, ya sea degradándolo con igual celeridad, ya sea desvirtuándolo. Todo es volátil y fungible. Tal cristalización —en cuanto consustanciación del economicismo y de la racionalidad técnica— en menos de un tris convierte a sus propios logros en desechos. Todo ello lo hace a una velocidad creciente. No deja lugar para la pausa menos aún para el reposo. La vorágine de cambios que desata no deja al hombre tiempo para que pueda reconfigurarse culturalmente, ni un respiro para reestructurarse interiormente, en definitiva, no le da tregua para reacomodarse humanamente.

Por eso desde hace casi cuatro décadas el hombre se halla inmerso en una crisis que es inédita en toda su historia civilizada. Tal crisis pese a tener rasgos comunes con otras que la antecedieron, es diferente de todas las anteriores por lo menos por dos razones. Primera: tiene un alcance planetario; no está circunscrita a un continente o a un grupo de países; ni siquiera existe la ensoñación de un Lejano Oriente apacible y contemplativo, excepto en las estrategias publicitarias de las agencias de turismo que venden espiritualidad de consumo. Segunda: esta vez no se trata de un mundo agonizante que se desvanece entre sus manos, sino que, por el contrario, se trata de un mundo que, pese a que fue creado por el mismo hombre, escapa de sus manos y deviene en autónomo.

El hombre contemporáneo es interpelado por su creación y no puede responder a las exigencias de su creatura sin menoscabarse humanamente a sí mismo. De hecho, es remolcado y violentado por el mundo que él mismo instituyó; pese a que lo modeló con el propósito de emanciparse de las cadenas de la naturaleza y de las valoraciones heredadas. Según el racionalismo cientificista, en virtud del avance de las ciencias, en el mundo moderno finalmente imperaría la felicidad. Esa, por lo menos, era la idea que animaba la fe en el progreso. Sus realizaciones tangibles son prodigiosas. Pero la mente profunda no avanza al mismo ritmo que el mundo material. Por eso, en la actualidad existe un evidente desfase —o, si se prefiere, una arritmia, una asincronía o un desbarajuste— entre el encofrado psíquico del ser humano y sus proezas materiales. Ni la cisura, ni el rezago son anodinos. La sangría anímica es dolorosa y supura una desazón que huele a nihilismo.

Claramente, entre la dimensión subjetiva del ser humano y las exigencias de la civilización tecnológica existe una brecha que es motivo de una creciente infelicidad. Ella se expresa en un sinnúmero de desgarros anímicos y, en general, en malesares que tornan a la vida en un exasperante fastidio que ronda el agobio. Fastidio que tiene sus raíces en el sinsentido del progreso, en la insipidez del mundo, en la aridez afectiva, en el atomismo social y en la sensación de que la vida es una broma de mal gusto. Por tal motivo, resulta del todo pertinente preguntarse si el hombre está a la altura de la civilización que él mismo ha edificado.

Dicho de otro modo: la civilización tecnológica ejerce una coerción creciente sobre la psiquis del ser humano y lo empuja a transgredirse a sí mismo. Así el sufrimiento alcanza cotas insólitas. Pero en el día a día pasa inadvertido no porque el hombre contemporáneo sea espiritual o porque amortigüe el dolor con una capa de alambicadas creencias religiosas. Nada de eso. El dolor pasa inadvertido porque la misma civilización tecnológica ha creado insumos médicos que permiten adormecerlo como si se tratara de un dolor físico. Y así el mundo sigue funcionando más a costa del hombre que en beneficio del hombre.

### **Progreso, evolución, reacción**

Progresar no es lo mismo que evolucionar. Si bien es cierto que ambos suponen cambios, el progreso es un cambio exprofesamente direccionado. En consecuencia, es consciente y se encamina de manera imperativa hacia una finalidad que es estimada como racionalmente deseable y, por lo mismo, buena. La evolución, por el contrario,

es libre, espontánea y azarosa. Dicho de otro modo: no obedece a un planeamiento ni es producto de una voluntad que se empeña en alcanzar compulsivamente ciertos objetivos. Así, la idea de progreso es la negación de la noción de evolución y también de la de espontaneidad. Él tiene metas intencionadas, ella no. El progresismo junto con tener cierta impronta coercitiva es voluntarista y futurista. Para él lo detestable está en el pasado, lo opresivo en el presente, el bien en el futuro. De acuerdo con su lógica, si se tiene la voluntad y el conocimiento, la posibilidad de la redención de los males —y de la conquista de la felicidad— estaría casi a la vuelta de la esquina.

El mundo marcha bien para los progresistas cuando él se acerca a la meta que ellos conocen de antemano. Genéricamente esa meta es la versión secular de «la tierra prometida», «el reino» o, simplemente, la utopía o, si se quiere, la sociedad perfecta o el orden perfecto. El progresista no sólo sabe *ex-ante* cuál es el sentido de la historia, sino que además cuáles son los caminos para arribar a la tierra prometida.

Desde el punto de vista práctico, los progresistas son algo así como unos «alfareros políticos» que toman a la sociedad como una arcilla a la cual ellos quieren modelar de acuerdo a una idea previa (meta, ideología o utopía) que tienen en mente y que se afanan en plasmarla en la realidad con cierta premura. Por eso son impacientes. Así la sociedad deviene en un insumo al que los ideólogos de turno se empecinan en maquetear a su amaño —recurriendo a los buenos oficios de políticos, tecnócratas o economistas— para dar vida a determinada utopía.

Los progresistas se enfadan cuando la materia —o sea la sociedad, la humanidad o, simplemente, el ser humano— se rebela en contra de la forma que ellos quieren imprimirle. En tales casos para ellos siempre la materia es la mala, nunca la idea —es decir, la maqueta, la horma o la ideología—. Pueden dudar de las habilidades del alfarero, de la calidad de la arcilla, pero no de la validez y de la valía del molde, en definitiva, del modelo. En suma, los progresistas operan, de alguna manera, con la lógica del lecho de Procusto.

En Chile, actualmente, el mayor exponente del antineoliberalismo es el sedicente progresismo. Una fracción de este último (escindida, al parecer, del progresismo clásico) ha devenido, paradójicamente, en una sensibilidad reaccionaria o antimoderna que se rebela en contra del inexorable rumbo que ha tomado la civilización tecnológica. De ahí su nostalgia por lo ancestral, lo chamánico, lo tribal, lo preindustrial y su fascinación con lo esotérico y con prácticas rituales ajenas a las diferentes modulaciones de la Ilustración occidental. Así vistas las cosas, extrañamente, la utopía estaría en el pasado, no en el porvenir. Bien podría decirse que se trata de un progresismo reaccionario. Para ellos la «re-volución» consistiría, entonces, en volver al punto de origen, al momento previo en el que la humanidad tomó el rumbo equivocado.

Desde el punto de vista existencial, es factible conjeturar que tal variante del progresismo chileno es hija del neoliberalismo, en cuanto es una excrecencia del proceso de modernización acelerada —o, si se prefiere, de racionalización técnica compulsiva— al que fue sometida la sociedad chilena en los últimos cuarenta años. Dicho de otro modo: tal variante es síntoma de la fatiga producida por el despliegue de la racionalidad instrumental; es fruto de la exasperación producida por sucesivas

transgresiones; es expresión de la rebeldía que suscitan los imperativos de la civilización tecnológica, a la cual maldice, pero que a la vez necesita.

### **Una cristalización dinámica**

No resulta del todo descabellado preguntarse si la consustanciación del economismo con la racionalidad técnica se puede derogar sin poner en riesgo la vida de un sinnúmero de personas. Ya sean ellas actualmente beneficiadas o perjudicadas por el producto de tal fusión, es decir, por el neoliberalismo. En la eventualidad de que la respuesta sea negativa, pese al malestar, él no se extinguiría. Pero sí probablemente se reformularía y, quizás, hasta se perfeccionaría. La cristalización neoliberal es proteica y sobre todo dinámica. Los dos elementos que la constituyen se potencian recíprocamente. Ellos le otorgan su tesitura específica y la dotan de versatilidad, creatividad y vitalidad. Así, por ejemplo, su obsesión por innovar incesantemente es indicio tanto de la astucia que tiene el capitalismo para transmutarse sin perder su norte como del afán de progreso que anima a la técnica. En ello radica, precisamente, el potencial de supervivencia del neoliberalismo.

Con todo, resulta inevitable plantearse algunas preguntas como las siguientes: ¿cómo preservar la autonomía de la subjetividad —o, si se prefiere, la libertad del mundo interior— ante los constreñimientos que ejerce la cristalización neoliberal sobre la psiquis de las personas?, ¿cómo superar el neoliberalismo sin incurrir en «costos» humanos mayores de los que él irroga? y ¿qué tendría que ocurrir para que prosperen alternativas que sean viables a dicha cristalización?

### **Una luz invisible: la esperanza**

En la era neoliberal, quienes son sensibles y tienen conciencia de que es sumamente difícil salir del laberinto, sólo pueden mantenerse en pie cultivando la genuina esperanza. Ésta no es una promesa de redención que se consigue de un poder superior mediante súplicas ni es la satisfacción de una anhelada reivindicación. Tampoco es un contrato que tiene fecha de liquidación ni un acuerdo que se cumplirá en un tiempo claramente predeterminado. Ni tiene nada que ver con el cálculo de probabilidades de ocurrencia de un acontecimiento ni con argumentos racionales o empíricos que avalen la espera.

La esperanza es una fe que se empina por sobre lo natural, por sobre lo mecánico, por sobre lo racional y, en tal sentido, tiene ribetes de fideísmo. Consiste en una espera sin tener derecho a esperar y, además, sin tener la expectativa cierta de que se recibirá lo anhelado. No obstante, se espera lo esperado.

Es una espera que puede suscitar un tenue desasosiego, pero en ningún caso frustración. Entendida ésta como el malestar que suscita el incumplimiento de un deseo cuya satisfacción se presumía obvia, natural o inminente. La esperanza, en efecto, no produce frustración porque ella constitutivamente —en razón de su índole— está abierta a lo incierto y a lo indeterminado. En eso se diferencia radicalmente de las expectativas, pronósticos y proyecciones y de otras especulaciones de impronta (más o menos) racionalistas sobre el porvenir.

Debido a su índole la genuina esperanza no tiene cabida en la cristalización neoliberal, puesto que no se puede cuantificar ni positivizar, ni mercantilizar. Sin embargo, unos la invocan de manera utilitarista como si se tratara de un derecho en una relación contractual. Otros —los manipuladores emocionales, ya sean políticos oportunistas, publicistas inescrupulosos o bien gurúes «espirituales»— la invocan como si se tratara de un fruto que se puede repartir a voluntad entre los indigentes de ilusiones o bien como una medicación que se puede dar a los juerguistas tristes, a los opulentos malquistados con la vida o a los nihilistas iracundos. Unos y otros, tienden a cosificar la esperanza y al hacerlo tanto más se adentran ellos mismos — y sus respectivos séquitos— en el laberinto de insatisfacciones espirituales del que intentan salir.